

Infancia y naturaleza en *Morada al sur* de Aurelio Arturo

Conferencista: Santiago Espinosa
Moderador: Carlos Jaime Fajardo
Relatora: Laura Gallo Tapias

*Se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa
loca y sublime, los siglos perdidos (Martí 31)*

El pasado 14 de marzo, Lecturas Compartidas tuvo una sesión muy especial: en primer lugar, contó con la intervención del poeta y escritor uniandino Santiago Espinosa, galardonado recientemente con el premio mexicano de poesía Jaime Sabines, quien habló sobre la poesía de Aurelio Arturo notablemente a partir de su texto “Aurelio Arturo: un lenguaje, un territorio”, publicado en 2015 en su libro de ensayos *Escribir en la niebla: 14 poetas colombianos*. En segundo lugar, el evento incluyó la presentación del coro Voces del viento, integrado por Ricardo Becerra, Angélica Higuera, Lucero Cabanzo, Germán Zarama y Gilberto Arturo, hijo del poeta homenajeado. Haciendo eco del coro en las antiguas tragedias griegas, ellos hicieron una lectura interpretativa de algunos poemas de Aurelio Arturo, acompañada por reflexiones personales sobre su obra.

Arturo ha sido referido por la crítica como un poeta mayor, único, llamado incluso el mejor poeta colombiano. Ciertamente, su poesía no se enmarca fácilmente en ninguno de los movimientos literarios que le fueron contemporáneos. Dijo Espinosa que “Aurelio Arturo no es uno más de esos 14 poetas del libro. Fue con él



que me di cuenta de que en la poesía existía otro país”. Para él, dos elementos clave para esta voz poética son la infancia y la naturaleza, que no pueden desligarse el uno del otro. En este texto, más que una crítica rigurosa, me propongo desarrollar una suerte de diálogo entre esta obra y otra, una exploración de estos motivos no solo en el contexto del siglo XX colombiano, sino también en otras latitudes. Para tales efectos, presento un análisis comparativo entre *Morada al sur* y *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier, para reflexionar acerca del tema de la naturaleza.

Espinosa sostuvo que, en un país asolado por la violencia como lo era Colombia a mediados del siglo XX, la propuesta de Arturo correspondía a “la mirada de un niño para la creación del mundo”. Sin ser ajena a la realidad social que lo rodeaba, esta voz poética celebraba la vida, la naturaleza. En 1963, fue publicado su único libro de poemas, *Morada al sur*, que es un canto a las tierras de Nariño, de donde el poeta es originario. El centro de esta poesía es el reencuentro con la infancia primordial a través del recuerdo, la creación en el lenguaje de un paraíso perdido que es una invitación al lector. Dice, como en un susurro, esa voz interior: “Torna, torna a esta tierra donde es dulce la vida”. El poeta uniandino habló de *Morada al sur* como un (re)descubrimiento de América que es una celebración de sus paisajes y no un intento impositivo de colonizarla y modernizarla. La armonía y la serenidad signan la relación del hombre con la naturaleza, tal como sucede en los poemas “Sol” y “Rapsodia de Saulo”. Como bien lo decía Gutiérrez Girardot, se trata de la primera vez que aparece una naturaleza en consonancia con su gente.

En la poesía de Aurelio Arturo, la infancia y la naturaleza se funden en una sola: la segunda es siempre vista a través de los ojos del niño. La niñez es, ciertamente, la época del descubrimiento asombrado del mundo. Dice José Manuel Arango que “El niño vive en un presente eterno, vertido en el afuera, fuera de sí. La novedad y la riqueza de las cosas lo atrapan, los ojos se le prenden de ellas. Él es el que ve, el evidente natural” (1992). Existe una mirada que es a la vez maravillada y nostálgica. Si se piensa desde una perspectiva biográfica, este paso por la reminiscencia en la poesía de Arturo se explica en un doble movimiento: por el paso del tiempo, que ha llevado al poeta a través de las edades de la vida hasta la madurez, pero también por la distancia geográfica, pues ese hombre que creció en las tierras frondosas de Nariño habla desde la metrópoli. El resultado es, por tanto, un desentendimiento de lo urbano y de la violencia política, un regreso en la poesía al “viejo portal donde el silencio/ es un maduro gajo de fragantes nostalgias”.

Un camino similar es recorrido por el personaje principal de *Los pasos perdidos*, novela que apareció en 1953. Narra la travesía de un latinoamericano que ha perdido el gusto por la vida tras pasar muchos años exiliado en Nueva York hacia lo más profundo de la selva amazónica, pasando por su ciudad natal y por parajes cada vez



más exóticos. Los pasos que ha dado el hombre del siglo XX hacia el progreso, hacia la modernidad industrial, son desandados para recuperar el continente americano, redescubrirlo por etapas. El Hombre, en la ciudad de concreto, está signado por la alienación de una sociedad hipócrita y corrosiva que lo deshumaniza, y solo encuentra su verdadera esencia cuando regresa a las culturas ancestrales de la selva amazónica.

A medida que se adentra en la espesura, el protagonista va recuperando poco a poco sus sentidos; el olor del pan en las panaderías de Caracas (Carpentier 45), el calor, la lluvia, generan evocaciones que lo transforman hasta el punto en que “ciertos temas de la ‘modernidad’ [le] parecían intolerables” (71). El narrador cursa una suerte de reaprendizaje sensorial, pues más que para pensar ha llegado a su país ante todo para sentir y ver (209). Así, en un primer momento su trayecto pasa por la recuperación de la memoria, de la sensibilidad hacia las cosas más simples, lo que lo vuelca hacia su juventud, hacia su pasado. Se halla finalmente en un lugar en el que, “cuando nos asomamos a lo que nos rodea, creemos recordar un país de sabores nuevos” (156). Llega incluso a acercarse a la voz poética Arturiana, que corresponde, según Espinosa, a la de “un poeta de la naturaleza en una ciudad de demoliciones”.

En un segundo momento, el viaje trasciende la cronología de la vida individual para situarse en el tiempo mítico de los orígenes del hombre. De esta manera, el narrador pasa por la edad media, por la cultura griega, hasta llegar a la prehistoria y al génesis. Tal como pasa en *Morada al sur*, “ocurre un nuevo descubrimiento de América sin Evangelización ni Conquista, el encuentro amoroso de la lengua y el territorio”, siguiendo el planteamiento de Santiago Espinosa. Este hombre que ha vuelto a ser Hombre al volver a estar en sintonía con la naturaleza asiste al Nacimiento de la Música (Carpentier 184) y llega incluso a estar en un mundo anterior al hombre (186).

Aquí podríamos encontrar otro punto de contacto entre la voz poética y el narrador que he referido en el texto. Los pasos perdidos llega a un tiempo mítico, fundacional, en el que la civilización desaparece para abrir espacio a unos tiempos cíclicos, naturales, donde “el sol, la luna, la hoguera – y a veces el rayo-” (156) son las únicas luces perceptibles. De la misma manera, dice Juan Manuel Arango que:

El mundo mágico y encantado de Arturo no es sin embargo irreal. Es el que conoció de niño en el sur, tan de aquí, tan nuestro. Tropical y medio salvaje, con nodrizas negras y tambores que suenan "a lo lejos", "en la noche de lentos párpados morados", y cuyo sonido llega "atravesando valles y valles de silencio" [...]. El mundo, en suma, de los antepasados. No sólo ya el de la infancia individual sino el de la infancia mítica de todos los hombres. Un paraíso al sur, situado con todo en una geografía precisa, cerca al Pacífico, donde "esas lluvias inmemoriales", "lluvias que vienen



del fondo de los milenios", "pueblan la tierra de hojas grandes/ lujosas". (1992).

El descubrimiento del pasado, de la vegetación, de las nubes, lleva a esta voz a la celebración gozosa, a una sincronía con el entorno que es "balsámica", que vuelve al poeta uno "con el río de los mantos suntuosos" (Arturo). En la noche, los párpados son cosidos, "como dos hojas más/a su follaje negro". El animismo de la poesía de Aurelio Arturo existe también para el narrador de Carpentier: "y entonces se sabrá con asombro que cada caracol manchado era, desde siempre, un poema" (210).

Como bien lo dijo Espinosa, en la poesía posterior a *Morada al sur* la voz poética reconoce que el tiempo maravilloso del sur ha quedado atrás: "los últimos poemas de Arturo asumen la ciudad, saben que entre el presente y el 'sur' hay un abismo de silencio y ladrillos". De la misma manera, el narrador de *Los pasos perdidos* se ve obligado a abandonar su lugar en la selva y retornar a Nueva York, y con la mayor amargura pierde el paraíso, aunque regresa a buscarlo. Su lamento resuena hondo en el lector: "Qué difícil es volver a ser hombre". Así, puede decirse que en los dos casos hay un retorno al hombre, a su forma esencial no escindida sino integrada en él mismo, en el cosmos, la naturaleza. Sin embargo, mientras que el retorno a la naturaleza, en Arturo, pasa por la celebración de la infancia, por el regreso amoroso a la mirada fascinada del niño para encontrar así lo que el poeta uniandino llama su residencia expresiva, el protagonista de *Los pasos perdidos* ha perdido la inocencia. Ha cursado una transformación que lo hace ajeno al mundo mítico de la naturaleza, aunque es consciente de que ahora "soy dueño de mis pasos y los afinco en donde quiero" (265). Sólo en la palabra, en la memoria, retorna al lugar que añora. Como Aurelio Arturo, la felicidad habita en la palabra:

*y cuando es alegría y angustia
y los vastos cielos y el verde follaje
y la tierra que canta
entonces ese vuelo de palabras
es la poesía
puede ser la poesía*

Referencias:

Arango, Juan Manuel. "Aurelio Arturo y la poesía esencial". En *A propósito de Aurelio Arturo y su obra*. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma, Colección Cara y Cruz,



1992. Disponible en <http://triunfo-arciniegas.blogspot.com.co/2012/01/jose-manuel-arango-aurelio-arturo-y-la.html>

Arturo, Aurelio. Morada al sur. En *Antología de la poesía colombiana*. Tomo II. Colombia: Banco de la República, 1963. Disponible en <http://www.banrepultural.org/blaavirtual/literatura/antope/antopoe20.htm>

Carpentier, Alejo. *Los pasos perdidos*. Bogotá, Colombia: Panamericana, 2005.

Espinosa, Santiago. "Aurelio Arturo. Un lenguaje, un territorio". En *Escribir en la niebla, 14 poetas colombianos*. Granada, España: Valparaíso Ediciones, 2015. Disponible en <http://www.omni-bus.com/n51/sites.google.com/site/omnibusn51/libros-resenas/aurelio-arturo-santiago-espinosa.html>

Martí, José. *El indio de nuestra América*. La Habana: Casa de las Américas, 1985.

MORADA AL SUR

I

En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.

Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo.
La ancha tierra siempre cubierta con pieles de soles.
(Reyes habían ardido, reinas blancas, blandas,
sepultadas dentro de árboles gemían aún en la espesura).

Miraba el paisaje, sus ojos verdes, cándidos.
Una vaca sola, llena de grandes manchas,
revolcada en la noche de luna, cuando la luna sesga,
es como el pájaro toche en la rama, "llamita", "manzana
de miel".



El agua límpida, de vastos cielos, doméstica se arrulla.
Pero ya en la represa, salta la bella fuerza,
con majestad de vacada que rebasa los pastales.
Y un ala verde, tímida, levanta toda la llanura.

El viento viene, viene vestido de follajes,
y se detiene y duda ante las puertas grandes,
abiertas a las salas, a los patios, las trojes.

Y se duerme en el viejo portal donde el silencio
es un maduro gajo de fragantes nostalgias.

Al mediodía la luz fluye de esa naranja,
en el centro del patio que barrieron los criados.
(El más viejo de ellos en el suelo sentado,
su sueño, mosca zumbante sobre su frente lenta).

No todo era rudeza, un áureo hilo de ensueño
se enredaba a la pulpa de mis encantamientos.
Y si al norte el viejo bosque tiene un tic-tac profundo,
al sur el curvo viento trae franjas de aroma.

(Yo miro las montañas. Sobre los largos muslos
de la nodriza, el sueño me alarga los cabellos).

II

Y aquí principia, en este torso de árbol,
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,
la casa grande entre sus frescos ramos.
Es sus rincones ángeles de sombra y de secreto

En esas cámaras yo vi la faz de la luz pura.
Pero cuando las sombras las poblaban de musgos,
allí, mimosa y cauta, ponía entre mis manos,
sus lunas más hermosas la noche de las fábulas

* * *

Entre años, entre árboles, circuida
por un vuelo de pájaros, guirnalda cuidadosa,
casa grande, blanco muro, piedra y ricas maderas,
a la orilla de este verde tumbo, de este oleaje poderoso.



En el umbral de roble demoraba,
hacía ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,
el alto grupo de hombres entre sombras oblicuas,
demoraba entre el humo lento alumbrado de
remembranzas:

Oh voces manchadas del tenaz paisaje, llenas
del ruido de tan hermosos caballos que galopan bajo
asombrosas ramas.

Yo subí a las montañas, también hechas de sueños,
Yo subí, yo subí a las montañas donde un grito
persiste entre las alas de palomas salvajes.

* * *

Te hablo de días circuitados por los más finos árboles:
te hablo de las vastas noches alumbradas
por una estrella de menta que enciende toda sangre:

te hablo de la sangre que canta como una gota solitaria
que cae eternamente en la sombra, encendida:

te hablo de un bosque extasiado que existe
sólo para el oído, y que en el fondo de las noches pulsa
violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas.

Te hablo también: entre maderas, entre resinas,
entre millares de hojas inquietas, de una sola
hoja:
pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia,
hoja sola en que vibran los vientos que corrieron
por los bellos países donde el verde es de todos los colores,
los vientos que cantaron por los países de Colombia

Te hablo de noches dulces, junto a los manantiales, junto
a cielos,
que tiemblan temerosos entre alas azules:

te hablo de una voz que me es brisa constante,
en mi canción moviendo toda palabra mía,
como ese aliento que toda hoja mueve en el sur, tan



dulcemente,
toda hoja, noche y día, suavemente en el sur.

III

En el umbral de roble demoraba,
hacía ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,
un viento ya sin fuerza, un viento remansado
que repetía una yerba antigua, hasta el cansancio.

Y yo volvía, volvía por los largos recintos
que tardara quince años en recorrer, volvía.

Y hacía la mitad de mi canto me detuve temblando,
temblando temeroso, con un pie en una cámara
hechizada, y el otro a la orilla del valle
donde hierve la noche estrellada, la noche
que arde vorazmente en una llama tácita.

Y a la mitad del camino de mi canto temblando
me detuve, y no tiembla entre sus alas rotas,
con tanta angustia, un ave que agoniza, cual pudo,
mi corazón luchando entre cielos atroces

.

IV

Duerme ahora en la cámara de la lanza rota en las batallas.
Manos de cera vuelan sobre tu frente donde murmuran
las abejas doradas de la fiebre, duerme.
El río sube por los arbustos, por las lianas, se acerca,
y su voz es tan vasta y su voz es tan llena.
Y le dices, le dices: Eres mi padre? Llenas el mundo
de tu aliento saludable, llenas la atmósfera.

—Soy el profundo río de los mantos suntuosos.

Duerme quince años fulgentes, la noche ya ha cosido
suavemente tus párpados, como dos hojas más, a su
follaje negro.

* * *

No eran jardines, no eran atmósferas delirantes. Tú te
acuerdas



de esa tierra protegida por un ala perpetua de palomas.
Tantas, tantas mujeres bellas, fuertes, no, no eran
brisas visibles, no eran aromas palpables, la luz que venía
con tan cambiantes trajes, entre linos, entre rosas ardientes.
Era tu dulce tierra cantando, tu carne milagrosa, tu sangre?

* * *

Todos los cedros callan, todos los robles callan.
Y junto al árbol rojo donde el cielo se posa,
hay un caballo negro con soles en las ancas,
y en cuyo ojo líquido l1 habita una centella.
Hay un caballo, el mío, y oigo una voz que dice:
“Es el potro más bello en tierras de tu padre”.

* * *

En el umbral gastado persiste un viento fiel,
repitiendo una sílaba que brilla por instantes.
Una hoja fina aún lleva su delgada frescura
de un extremo a otro extremo del año.
“Torna, torna a esta tierra donde es dulce la vida”.

V

He escrito un viento, un soplo vivo
del viento entre fragancias, entre hierbas
mágicas; he narrado
el viento; sólo un poco de viento.

Noche, sombra hasta el fin, entre las secas
ramas, entre follajes, nidos rotos —entre años—
rebrillaban las lunas de cáscara de huevo,
las grandes lunas llenas de silencio y de espanto.

